

MENSAJE

MENSUAL

n. 7 – 2021

Turin - Valdocco 24 de julio-agosto



VERANO SALESIANO, VERANO MARIANO

Cordiales saludos a todos, queridos amigos

Estamos ya inmersos en pleno verano, que nos ofrece muchas posibilidades, entre otras, descansar del ritmo cotidiano del curso pastoral, comunicarnos con familiares y personas queridas, dedicarnos más serenamente a la formación, vivir algunos días de retiro o de Ejercicios Espirituales, y hasta cultivar algún hobby, pasear, hacer deporte, preparar una bebida refrescante... o caliente (según el hemisferio en el que nos encontremos) y disfrutar -según condiciones y circunstancias- de la cercanía de los demás.

Donde quiera que nos encontremos, el verano es también una invitación del Señor a curar nuestras heridas con el bálsamo de la esperanza. Estamos invitados a acoger la invitación de Jesús que dice a sus discípulos; "Venid a mí todos los que estéis cansados y agobiados... y yo os aliviaré" (cfr. Mt 11,25-26). Jesús os invita a ir a Él, a poner nuestro cansancio a sus pies. Más aún que el cuerpo físico, el espíritu, la esencia, la falta de fuerzas, el cansancio psicológico, el agotamiento emotivo, el deseo de relaciones, la inquietud de no saber cuándo acabará una determinada situación, la inseguridad en el trabajo de muchas familias, la precariedad de nuestra salud. y tantas otras realidades que poco a poco van minando nuestro espíritu y nuestras reservas más profundas.

Hemos tenido un año difícil, todavía marcado por la pandemia y sus consecuencias, que nos ha exigido una buena dosis de creatividad, flexibilidad y un nivel de comprensión y paciencia mayor del que estábamos habituados. Con la ayuda del Señor y de todos cuantos nos rodean, hemos logrado superar los obstáculos y dificultades y hemos llegado a este nuevo verano salesiano.

Don Bosco decía que "las vacaciones son un cambio de ocupación" y así es como queremos vivir estas semanas que nos esperan antes de comenzar un nuevo año pastoral. Un cambio de ocupación para dedicar más tiempo a la familia, a las relaciones, a los amigos, para poder rezar con calma, con serenidad, dejando que nuestro corazón sea tocado por la Palabra de Dios, por su mensaje, para celebrar juntos la vida y ser agradecidos por lo que hemos vivido, para interceder por cuantos atraviesan por momentos difíciles, para pedir perdón y dejarse reconciliar con Dios y con los demás, Cambiar de ocupación para purificar nuestra mirada, contemplar con misericordia la realidad vivida y poder llenar nuestro pulmones con el aire fresco del Evangelio y poder esbozar nuevas sonrisas en nuestros rostros anunciando un futuro gozoso y salesiano para todos. Cambiar de ocupación significa también acompañar a los niños y muchachos de todas las edades mediante las diversas propuestas pastorales para que puedan vivir las



experiencias que más necesiten y les permitan crecer y acercarse al Señor en este periodo veraniego.

Dedicarse a estas ocupaciones es una posible traducción de la invitación de Jesús: "Venid a mí todos los que estéis cansados...". Pero al mismo tiempo tenemos a la Maestra que nos muestra continuamente el camino. Dirigirse a María en este período del año es el modo seguro para aliviar nuestras penas y contratiempos. María, la Mujer Consoladora, es la mejor aliada de Jesús para una humanidad herida que necesita experimentar el amor restaurador, gratuito e incondicional de la Sagrada Familia de Nazaret. María con su manto protector, es, para nosotros, refugio seguro, "hospital de campaña" en las luchas de la vida ordinaria y al mismo tiempo, un templo del Espíritu Santo para nuestro verano salesiano que, vivido de este modo, será un verano mariano.

¡Buen verano a todos!

Renato Valera, Presidente ADMA Valdocco.

Alejandro Guevara, Animador espiritual ADMA Valdocco.

ITINERARIO FORMATIVO 2020-2021

Patris corde. Retiro ADMA Valdocco.

Introducción - **Redemptoris Custos, Virginis Custos**

La pérdida y el reencuentro del “padre” como tema capital de nuestro tiempo. San José figura ejemplar de padre: entre todos los santos el más cercano a Jesús y a María. El más cercano a nosotros. San José, invocado por los Papas en los momentos difíciles de la Iglesia.

1ª Meditación - **Padre tierno y amado**

El camino de fe de San José, padre universalmente amado, ha convertido su eros en ágape, su amor humano en amor divino, su amor de esposo y de padre en caridad conyugal y paterna, haciéndose misericordioso como el Padre, capaz de inclinarse ante nuestras fragilidades, aceptarlas y transfigurarlas.

2ª Meditación - **Padre en la obediencia y en la acogida**

El fundamento de la autoridad paterna de San José, y en él la de todo padre y de todo educador, ha sido la obediencia incondicional a Dios. Esto le ha llevado a aceptar todo de las manos de Dios venciendo todo miedo, porque “¡la voluntad de Dios es nuestra paz!”

3ª Meditación - **Padre en la valentía y en el trabajo**

San José es ejemplar como figura de padre decidido, por estar lleno de fe, plenamente confiado a la Providencia de Dios. Esta valentía le ha hecho capaz de trabajar de manera santa y le ha hecho fiel sobre todo en la tarea de custodiar en casa la presencia de Jesús y de María.

4ª Meditación - **Padre en la sombra**

En la figura de José se descubre cómo la madurez de un padre, como la de todo educador, es la de tener al mismo tiempo autoridad y humildad, ser capaz de introducir a los hijos en la vida y capaz de hacerse a un lado para no aprisionarlo, retenerlo, ni poseerlo

Patris corde. Carta apostólica con ocasión del 150 aniversario de la declaración de san José Patrono de la Iglesia universal

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «el hijo de José».

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficien-

te para entender qué tipo de padre fuese y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un «hombre justo» (Mt 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. Lc 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. Mt 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (Lc 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (cf. Mt 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. Lc 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. Mt 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea –de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. Jn 7,52; 1,46)–, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. Lc 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato [Pío IX](#) lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica», el venerable [Pío XII](#) lo presentó como “Patrono de los trabajadores” y san [Juan Pablo II](#) como «Custodio del Redentor». El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte».

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como Patrono de la Iglesia Católica, quisiera –como dice Jesús– que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. Mt 12,34), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas

e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos». Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo.

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa».

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos.

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él.

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “Ite ad Ioseph”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (Gén 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. Gén 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. Gén 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. Mt 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. 2 Sam 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (Sal 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura, que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (Sal 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (2 Co 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. Ap 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. Lc 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad.

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente». Pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pon-

drás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. Mt 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (Mt 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (Mt 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. Lc 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)[\[15\]](#).

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “fiat”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. Ex 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. Jn 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (Filp 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”».

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a operar iluminando su juicio».

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (Jb 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (etiam illud quod malum dicitur)»^[19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó ata-

jos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero^[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. Lc 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. Mt 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del parálítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. Lc 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al parálítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. Mt 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe.

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz».

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando al Niño y a su madre, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando al Niño y a su madre.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25,40). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son "el Niño" que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el Niño y su madre.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas nacio-

nes en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva "normalidad" en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*, noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida.

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (ibíd.). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de "castísimo". No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que

quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho "inútil", cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen "padre" a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (Mt 23,9).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un "signo" que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

De la Patris corde

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (Mt 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Heb 7,25; cf. Rm 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»[28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (1 Co 4,16)[29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»[30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirijamos nuestra oración:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.

Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi pontificado.

Francisco

'CAMINAR COMO MARÍA HACIA JESÚS

El sueño tan esperado del segundo Congreso de ADMA de la Región EAO se acerca (11-12 de septiembre) mediante la primera reunión preparatoria general realizada el domingo pasado, 18 de julio, con la participación de 30 miembros del amplio comité organizador.

La Asociación de María Auxiliadora (ADMA) está ya presente en gran número solo en tres provincias EAO (FIS-FIN: Filipinas y TLS: Timor Este con casi 80 grupos locales. Otros 11 grupos locales apenas "han comenzado" a andar en Hong Kong-1 (CIN), Seoul-Gwangju:2 (KOR), Bangkok: 1(THA), Trai Gao y HCM City: 2 (VIE), Sumba-Jakarta: 2 (INA), Port Moresby-PNG: 2 (PGS), Tokyo: 1(GIA).

En la primera reunión preparatoria estaban presentes 8 animadores espirituales (SDB-FMA), 2 delegados inspectoriales SDB para la Familia salesiana, un traductor SDB (SDB), un experto informático (GEX-ex alumno) y 12 miembros de ADMA (entre los cuales un aspirante) provenientes de 8 inspectorías EAO. Es de agradecer de manera especial la presencia de sor Aurea, FMA (Indonesia, centro Sumba-Palla de ADMA) y del P. Guy Riolo, SDB (Australia, comunidad de Glenorchy en Tasmania): Sumba pertenece a la EAO internet-frontiers y Tasmania será algún día el primer grupo de ADMA en toda la provincia de Australia-Pacífico

Como todo congreso de ADMA, también el segundo Congreso regional de EAO está abierto a cualquier miembro de la Familia Salesiana. No perdáis esta ocasión para reavivar nuestra relación con María, como primera discípula y misionera de Jesús.

Tema: "Como María, caminamos con Jesús".

Horario: 11-12 septiembre de 2021 (2 horas cada día, a partir de las 8 de la mañana, hora italiana)



Lugar: Plataforma digital Zoom con traducciones en las lenguas EAO (LIVE streaming)

Objetivos: 1. Reforzar-profundizar la identidad de los miembros de ADMA

2. Asistir a los centros de ADMA recientemente formados o en fase de formación, en especial de los miembros más jóvenes
3. Crecer en sinergia con la Asociación mundial de ADMA (800 + centros locales)
4. Inspirar recíprocamente con la experiencia personal y comunitaria de ADMA

Durante los dos días del Congreso EAO del ADMA se proyectarán unos 20 videos realizados por los miembros de cada país: danza de bienvenida, oraciones, buenas noches, comunicación de la vida de ADMA, rosario comentado. Tendremos dos intervenciones clave con diálogo posterior a cargo del P. Guevara SDB (animador espiritual mundial) y del Sr. Renato Valera (presidente de ADMA Torino-Valdocco). Al final de cada programa de dos horas, los miembros inscritos están invitados a compartir impresiones en pequeños grupos según las diversas lenguas.

Esperamos mucho de este Congreso de EAO-ADMA como ha subrayado el P. Joseph Phuoc (consejero regional EAO SDB) en este momento final: "Quisiéramos acompañar sobre todo a los grupos de ADMA en fase de formación en la región y esperamos también un crecimiento de una mayor profundidad identidad carismática entre los miembros de ADMA. Como cualquier evento internacional, también este Congreso EAO no importa tanto como celebración, sino como fase preparatoria, tratando de implicar a otros nuevos miembros y a otros grupos de la Familia salesiana".



El plazo de inscripción para el Congreso está abierto hasta el 31 de julio de 2021:

<https://forms.gle/HWyrAESmXs6VTuXy8>

Congreso ADMA Asia Oriental Oceanía 2021 (recursos)

https://www.bosco.link/side_right/71043

Grupo público ADMA Asia Oriental Oceanía (Facebook)

<https://www.facebook.com/groups/365000998300127>

EL REGLAMENTO DE LA ASOCIACIÓN DE MARÍA AUXILIADORA PARA PROFUNDIZAR Y ACTUALIZAR NUESTRA IDENTIDAD

ARTÍCULO 4 - Compromiso personal de los asociados (PRIMERA PARTE)

La adhesión personal a la Asociación es una expresión concreta de la respuesta a la llamada a vivir la propia vida diaria según el espíritu de un grupo eucarístico, mariano y apostólico.

Nos convertimos así en signos vivos de la presencia de María Auxiliadora en la vida activa de cada día: en los ambientes de familia, en el trabajo, en la red de relaciones sociales y entre amigos.

La devoción mariana, propuesta por Don Bosco, valora el rostro materno de la Iglesia viviendo la Eucaristía como culmen y fuente de la vida cristiana

Es necesario dedicar espacio y tiempo al recogimiento y a la oración, verdadero alimento de las actividades pastorales que correrían el riesgo de ser estériles, si no van precedidas, acompañadas y sostenidas por la oración incesante.

La celebración eucarística hay que encuadrarla partiendo del encuentro con el Resucitado en la Palabra y en el Pan partido. Misa y Adoración deben cuidarse mucho para valorar la belleza y la profundidad del misterio de Cristo.

De igual modo, el Sacramento de la Reconciliación debe celebrarse como medio fundamental para el crecimiento espiritual y para adquirir cada vez más valor para afrontar los desafíos de la vida

La verdadera devoción a María Auxiliadora de los cristianos se refuerza con las obras y el anuncio.

Este es el deseo para este tiempo estival: difundir con sencillez y valor el amor y la confianza en María.

Andrea y María Adele Damiani

CRÓNICA DE FAMILIA

ADMA HONDURAS

En el marco de la celebración de la Solemnidad de María Auxiliadora, la Asociación de Devotos de María Auxiliadora ADMA, sede San Miguel de Tegucigalpa, M.D.C. Honduras, C.A. agradece profundamente a Dios en primer lugar y a Don Alejandro Guevara sdb, por darnos la valiosa oportunidad de compartir con todos nuestros hermanos de ADMA a nivel mundial, nuestros 15 años de fundación.

En Honduras, ADMA surgió de la iniciativa del P. Atilio Vásquez sdb, a quien el Espíritu Santo lo ilumino para llamar a un grupo de personas para dar inicio a la fundación de la Asociación, fue así que con la fe puesta en Dios y la mirada maternal de María Auxiliadora, fuimos llamados y elegidos 19 hermanos, que hicimos nuestra promesa y compromiso, de acrecentar más la propagación y devoción a María Auxiliadora y la Adoración al Santísimo Sacramento.

Agradecemos y recordamos con especial cariño al P. Miguel Ángel Zamora sdb, quien continuó la formación de ADMA, ya que el P. Atilio tuvo que atender la obediencia de dejar nuestro país a finales del año 2005, pero dejando sembrada esa semillita para que la continuará el P. Zamora y fue así como un 24 de mayo del 2006, 18 mujeres y un hombre, llegamos llenos de gozo y alegría al altar a decir AQUÍ ESTOY, para seguir con el apostolado que nos pide María Auxiliadora.

A Nuestro Padre, Maestro, Guía y Fundador Don Bosco , también hasta el Paraíso le damos infinitas y eternas gracias por haber fundado nuestra amada Asociación un 18 de abril de 1869, a lo largo de estos 15 años, nos toca ser agradecidos con Dios, María Auxiliadora y Don Bosco, por poner en este caminar a excelentes Asesores Espirituales, como lo nombramos anteriormente al P. Atilio Vásquez sdb, P. Miguel Ángel Zamora sdb, P. Walter Guillen sdb (ahora Monseñor) y este año 2021 al P. Mauricio Dada sdb, así como los Asesores Espirituales Mundiales Don Pierluigi Cameroni sdb y actualmente a Don Alejandro Guevara sdb.

Nuestra sede en estos 15 años de fundación, Dios ha sido grande con nosotros, porque nos ha permitido participar en Congresos Centroamericanos y Mundiales, así como a nuestros 6 años de fundación fuimos sede del Cuarto Congreso Centroamericano y que contáramos con la presencia del entonces nuestro Asesor Espiritual mundial Don Pierluigi Cameroni sdb. Cabe dar a conocer a nuestros hermanos, que la Asociación cuenta también con ADMA INFANTIL Y ADMA JUVENIL

Para finalizar, deseamos agradecer nuevamente la oportunidad que se nos ha brindado de dar a conocer nuestra sede de ADMA en Tegucigalpa, Honduras, y pedirles nuestras oraciones por nuestros socios que ya gozan de la presencia de Dios en el Paraíso prometido por Don Bosco: Gabriel Talavera, Nelly de Pineda, Nelly Maradiaga, Mayra Custodio y Beatriz Zelaya.

MARIA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS. Rueda por nosotros.

